

AL RESCATE EL ALMA

Relatos para el despertar



AL RESCATE DEL ALMA

Relatos para el despertar

Chema Vílchez

Ilustraciones y pinturas
Carmen Redondo

Doce Calles
EDICIONES

Portada: Carmen Redondo
© de los textos: Chema Vílchez
© de la presente edición:
Ediciones Doce Calles S.L.
Apdo. 270 Aranjuez. 28300 (Madrid)
Tel.: (+34) 91 892 22 34
docecalles@docecalles.com

ISBN: 978-84-9744-527-6
Depósito legal: M-23279-2025
Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados pueden ser constitutivas de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. Diríjase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.

Índice

Al rescate del alma.	14
Las lilas y el viento.	24
La meticulosa Teoría del Deseo Inverso.	28
El cuarto diamante	36
Réquiem: La última pesadilla de Mozart	40
Compasión, un cuento vegano	48
El segundo mandamiento	58
Expectativas.	66
Premonición.	70
El jardín más bello del mundo	76
Mujer en la Luna - “Overview effect”	82
El pingüino cuentista.	92
¡Que me meo!	100
La equilibrista	108
Escépticos vampiros	114
La terrorífica leyenda del Hombre Bobo	116
Cincuenta euros de Felix.	122
Alcalde Global	128
La fuente de los deseos	136
Ecofábulas - La vida a través de los ojos de una hormiga	144
Hombre y hombre.	152
El escolta	158
El loco de Hollywood	166
La carta de Jesús	174
Egocéntrico	180
El último romántico.	182
Microrelatos.	191
Una gota “en alma orada”.	196
El Monstruo en el Espejo.	200

Meima), Carlo Trezzini (ZAMORO, exchique de Haiti, refugiado en Meima y amante de Ziffa), José Rodríguez (DIEGO, oficial castellano) y Antonio Lord (BARTOLOME FIESCO). La dirección de la orquesta estuvo a cargo del mismo autor.

El estreno constituyó una ocasión importante para el mundo cultural madrileño; tal fue el aliciente que se publicaron cuatro ediciones en los meses siguientes. El Comendador de Romanos, tanto desde el primer momento como en las ediciones posteriores, se llevaron a realizar otras siete versiones musicales con distintos textos: la primera, en 1825, de Giovanni Ricci; la segunda, de 1831, de Giuseppe La Greca; de 1842, de Luigi Galvani; de 1843, de 1848, de Carlo Emanuele De Marchi; de 1850, de Giovanni Battista Pergolesi; de 1857, de Vincenzo Melani; de 1860, de Giovanni Battista Pergolesi; de 1860, de Felice Scarpini. Y muy tardíamente Giovanni Ponchi volvió a escribir la ópera para completar la primera versión musical en 1883.

El mundo de los niños es un mundo de fantasía, de sueños, de aventuras. Es un mundo donde la imaginación se desborda y donde cada cosa tiene un significado especial. Los niños ven el mundo con ojos de descubridores, llenos de curiosidad y de entusiasmo. Para ellos, el mundo es un lugar maravilloso, lleno de posibilidades y de magia. Es un mundo donde el tiempo parece detenerse y donde cada momento es una nueva aventura. Los niños son los reyes de este mundo, los protagonistas de sus propias historias. Y es en este mundo, en este mundo de fantasía, donde se forman los valores, donde se aprenden las lecciones de la vida. Es un mundo que nos enseña a ser mejores personas, a ser más empáticos, a ser más solidarios. Es un mundo que nos recuerda que la vida es una aventura y que cada día es una nueva oportunidad para crecer y aprender. Los niños son el futuro, son la esperanza. Y es en este mundo, en este mundo de fantasía, donde debemos cuidarlos, donde debemos protegerlos, donde debemos enseñarlos a ser mejores personas. Porque el mundo de los niños es un mundo que merece ser protegido, un mundo que merece ser valorado, un mundo que merece ser amado. Y es en este mundo, en este mundo de fantasía, donde debemos encontrar la luz, donde debemos encontrar la esperanza, donde debemos encontrar la vida.

[illegible]

...en el campo
...rebelase el
...ación al rey en una
...este bárbaro voto,
...la desgracia-
...magnánimo Colón,
...los derechos
...se le exigía; y el
...de su refugio no
...No pudieron la cula de su castigo

Agarraos.	204
Entre la tierra y el cielo	208
Sol de invierno	210
Las últimas palabras de la gente	212
Poema para mi madre	216
Mensaje para tu niño interior	221



Quiero expresar mi agradecimiento a la pintora Carmen Redondo, cuya maestría al plasmar en ilustraciones y dibujos la esencia de cada historia ha dado a este libro una dimensión tan artística como llena de sabiduría. Su talento convierte estas páginas en una obra de arte que, incluso en el simple acto de contemplarlas, ya nos regala una experiencia enriquecedora y única.

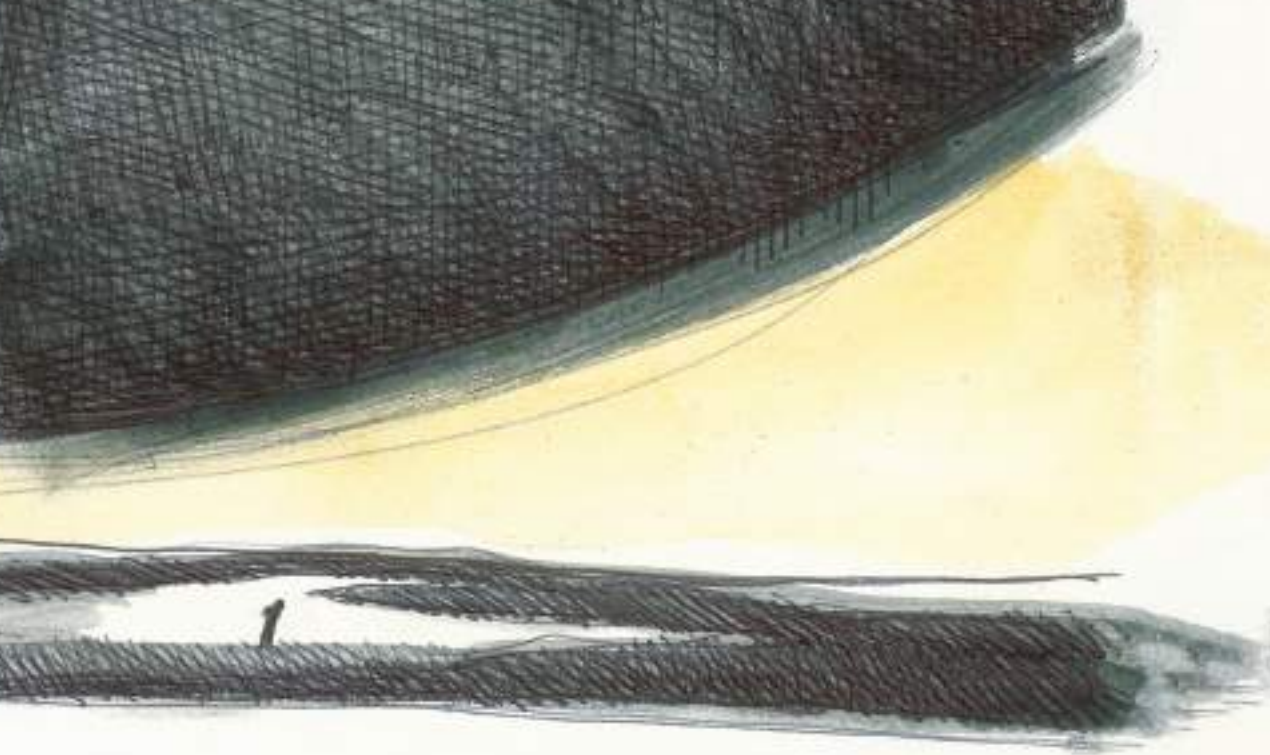
Mi gratitud más sentida es también para mis padres Pedro y María, por haberme dado todo. Poder compartir con ellos algunos de estos cuentos ha sido una vivencia emocionante y un privilegio que nunca olvidaré.

Agradezco igualmente a nuestro editor, Pedro Miguel Sánchez, por su confianza renovada y su impecable labor en cada etapa del proceso editorial.

Extiendo también este reconocimiento a todo el equipo de la Editorial Doce Calles, cuyo esfuerzo y dedicación han hecho posible este proyecto.

Y, por último, gracias a ti, lector, por dedicar tu tiempo a rescatar el alma.

Confío en que, a través de estas páginas, recibas el abrazo de la mía.





A mediados de diciembre de 2024 me dirigía en coche hacia Madrid para un ensayo. Mientras pensaba en la música que íbamos a interpretar y en cómo abordarla desde el piano y la guitarra, una idea fugaz cruzó mi mente: *quizá pase mucho tiempo antes de que vuelva a escribir otro libro*. Y, curiosamente, sentí cierta calma: el alivio de poder concentrar toda mi atención en la creación musical, una tarea tan absorbente que siempre exige más horas de las que el día concede.

Sin embargo, apenas dos días después me encontré asediado, casi atropellado, por personajes, circunstancias e historias que surgían sin cesar. ¿De dónde provenía aquella multitud de gente y criaturas? No había manera de detenerlas y no era la primera vez que me sucedía, de hecho, creo que siempre ha ocurrido así. Durante algo más de un mes —entre el final de aquel año y el inicio de 2025— los relatos y cuento-poemas brotaron sin descanso, a borbotones. Me sentía como un *poeticario*, recetándome a mí mismo textos y versos que confluían en una misma dirección: el rescate del alma.

Era una reconexión con esa dimensión transpersonal que siembra paz y belleza, que otorga a la vida un sentido distinto al que solemos atribuirle; una visión que nos armoniza de manera inequívoca con el fluir de los acontecimientos, con los demás y con nuestro propio mundo interno.

El libro que ahora sostienes en tus manos es fruto de aquellos días, y para mí representó el mejor regalo de Navidad imaginable. Un obsequio de las musas, de esas energías que nos impulsan a crear y que parecen descansar únicamente cuando el obsequio recibido se comparte. Y más aún, cuando confiamos en aportar algo positivo, algo bueno. Quizá es por esto que a veces esas fuerzas sutiles se amotinan, toman el mando, derriban nuestro ego mundano y, apoderándose de nuestra voluntad, nos secuestran de las vanas ambiciones cotidianas. Ellas saben que hacer el bien, es lo único que importa.

Un abrazo agradecido,
Chema

Al rescate del alma



La luz va cediendo terreno a la penumbra y el parque de El Retiro, a espaldas de un Madrid durmiente, comienza a exhalar su aliento nocturno. Los árboles bostezan mientras estiran sus ramas jugando con las farolas recién encendidas y el bullicio de la ciudad queda atrás, al tiempo que el Estanque Grande, convertido en un espejo, devuelve las miradas de las estrellas que tímidamente asoman.

Más abajo, tras una senda flanqueada por plátanos de sombra y castaños de indias, puede contemplarse el Palacio de Cristal, una estructura emblemática orientada hacia un pequeño lago. Es, sin duda, uno de los rincones más bellos de la capital. Y junto a su orilla, entre helechos y rocallas, hay una cueva oculta tras una cascada que, durante el día, canta en voz baja y por las noches calla. Desde esa gruta, unas voces rompen el silencio. ¿Será un aquelarre? Dicen que grupos ocultistas hicieron de este lugar, cerca de la estatua del Ángel Caído, su rincón preferido.

Al acercarnos sigilosamente el runrun crece, parece que la misteriosa reunión ha comenzado. Entonces nos encontramos con una escena fascinante. Un caracol con la concha rasgada por las cicatrices del tiempo ocupa el centro, rodeado por un círculo expectante: una lagartija de mirada inquieta, una ranita de color esmeralda, un grillo con patas que parecen afiladas notas musicales, tres abejas nerviosas, una mariposa con la huella de un dedo en su ala derecha y cuatro disciplinados escarabajos que forman un semicírculo perfecto.

Todos han acudido con urgencia a la llamada del caracol, cada uno con su queja vibrando en el aire.

—Los humanos nos han declarado la guerra —comenzó el grillo con un tono estridente—. Mi canto, que antes era música para las noches veraniegas,

ahora les resulta molesto e intentan silenciarme con todo tipo de tóxicos. Ya no hay lugar en el que mis melodías no sean consideradas un ruido insoportable.

—Mis compañeros y yo somos pisoteados sin piedad —añadió uno de los escarabajos—. Nos desprecian, pero somos unos trabajadores infatigables. Ayudamos a limpiar los campos, a polinizar y oxigenamos la tierra con túneles que son una obra maestra de la ingeniería de caminos. Desde la civilización egipcia, para nosotros todo ha ido a peor. ¡Cualquier motivo es bueno para exterminarnos!

La lagartija asintió, acariciando lo que quedaba de su cola.

—Nos tratan como juguetes, como si nuestras vidas no importaran. A mí me mutilan una y otra vez, como si fuera un entretenimiento. Y cuando no, algún poeta, mientras pasea distraído pensando en sus versos, me aplasta el trasero.

La mariposa, que había permanecido callada, alzó su voz temblorosa.

—Nuestro vuelo se ha convertido en una sentencia de muerte. Con sus redes nos cazan y nos atraviesan con agujas para coleccionarnos tras vitrinas. Y encima exclaman “¡Qué hermosas son!”. ¡Serán cínicos!

En respuesta, las tres abejas zumbaron al unísono, su indignación era palpable.

—Sin flores, no hay polen. Sin polen, no hay vida. Obtienen de nosotras la exquisita miel y aun así nos envenenan.

La ranita saltó sobre una piedra para hacerse oír y con voz grave añadió.

—Las charcas están secas. Han olvidado que el agua es la vida. Contaminan los ríos, los llenan de desechos. Y cuando llueve, la muerte se expande por nuestros hogares. Sin embargo, cuando proliferan los mosquitos, somos nosotras quienes los controlamos.

—Eso es trágico amiga... A los de mi especie nos devoran sin remordimientos —dijo el caracol, balanceando lentamente las antenas—. Antes mi concha era un refugio y mi baba el remedio perfecto para regenerar su piel.

La meticulosa Teoría del Deseo Inverso



A los cincuenta y dos años, Emilio Pardillo llegó a una conclusión que, según él, cambiaría el curso de la humanidad. No fue una revelación espontánea, sino una teoría destilada lentamente en el alambique de sus elucubraciones y que alcanzó el cenit un mediodía, mientras observaba los toldos de lino danzar zarandeados por el viento y una tarta nupcial deshacerse en mitad de la tormenta que nadie esperaba y que arrasó la finca donde, con más de cien invitados, su esposa y él se disponían a celebrar las bodas de plata. Allí, bajo semejante chaparrón vengativo y miserable, lo entendió: la vida no es azar. Es imposible. Hay un guion, un plan maestro, una mente divina orquestándolo todo, porque, francamente, ¿qué otra explicación podría haber para su existencia? Una existencia tan meticulosamente desprovista de fortuna y de cuanto siempre deseó.

Desde niño, Emilio soñó con ser alto, un gigante imponente que dominara la cancha de baloncesto, su deporte favorito y, de paso, amedrentar sin mover un dedo a los chulitos del barrio. En cambio, la genética le jugó una broma de proporciones reducidas: un metro sesenta, con zapatos. Pero no fue solo eso.

También quiso ser guapo. No un Adonis sublime, solo lo suficiente para que las chicas no apartaran la mirada al cruzarse con él en cualquier fiesta o, al menos, le dedicaran un poco de atención. Pero el espejo, desde siempre, le fue adverso. Una nariz perfilada por un escultor inexperto, ojos pequeños y hundidos, orejas con vocación de fuga —afortunadamente corregidas por un cirujano— y el golpe maestro: la alopecia.

¡Ah, qué tremendo sopapo! Emilio, como buen aficionado al rock, idolatraba a Robert Plant, el legendario vocalista de Led Zeppelin. Su melena leonina, su porte majestuoso, su *rock and roll* en estado puro. ¿Y qué le concedió la vida? No una calvicie digna, discreta, no. Le otorgó una calvo-melena implacable, de

esas que comienzan en la coronilla y avanzan hacia la frente como un incendio forestal, dejando a la altura del cogote una limosna miserable de mechones extraviados, condenados a boicotear cualquier principio estético.

En cambio, Daniel, su primo, al que, en la intimidad de sus pensamientos, llamaba “el imbécil”, tenía una melena idéntica a la de Plant. Cada Navidad Emilio no podía evitar mirarlo con envidia, mientras Daniel se pasaba la mano por su pelo dorado con ligeros toques caoba diciendo: “Uf, qué fastidio, creo que necesito un buen corte”.

Y en este entramado, estaba el asunto de las esposas. Emilio no se consideraba un hombre superficial, aunque cultivaba una secreta devoción por la armonía en las formas femeninas: ligeramente delgadas, siluetas esbeltas, pero con curvas generosas, el equilibrio perfecto entre la delicadeza y la opulencia. Su esposa, Paquí, en cambio, era una mujer austera, tanto en carácter como en complexión. Estructura que él percibía como “un cuadro de Modigliani con un rostro al punto del enojo y una espalda que desembocaba directamente en las piernas”. No había curvas, solo un contorno minimalista y sobrio. Sin embargo, la esposa del imbécil, aparte de tener un carácter encantador, era una obra maestra de la genética. Un rostro angelical salpicado de pecas diminutas y labios rosados dispuestos a la pasión; una piel poética, glúteos insolentes ante la gravedad y un torso que parecía esculpido por Miguel Ángel en su mejor periodo. Cada vez que en las reuniones familiares Emilio las veía a corta distancia conversando animadamente, pensaba: “Esto no puede ser verdad”.

Y la lista seguía. Quiso estabilidad económica y una posición desahogada, pero como periodista freelance en el *Madrid Times*, sus ya precarios honorarios no dejaban de fluctuar, casi siempre a la baja. Quiso ser carismático, pero cada vez que intentaba contar una anécdota en una reunión, alguien lo interrumpía con algo más interesante. Quiso tener gracia, chispa, duende..., pero los años solo le iban haciendo más sosaina. También quiso publicar un libro, tener dos hijas, una casa con vistas o poder ascender en el periódico. Todo, al revés: dos hijos varones muy brutos, un piso en Algete frente al edificio más alto y ni libro, ni ascenso.







Este libro se terminó
de imprimir el 16 de noviembre de 2025,